

# Las hermanitas de los ricos

**D**OCE países, nueve lenguas nacionales: veinte años después de la firma del Tratado de Roma, la Comunidad Europea parece presa del vértigo.

Los mediterráneos se lanzan al asalto del Norte. Los griegos llamaron a la puerta hace ya seis meses, los portugueses se presentan un día de éstos y España es esperada para septiembre.

Los recién llegados traen castos enteros llenos de tomates, de limones y melones a bajo precio, condenando a la quiebra económica a parte del campesinado francés e italiano. Renta "per cápita" muy inferior a la de los países de la Comunidad, economías en estado de crisis aguda, retrasos estructurales enormes necesidades ilimitadas de capitales, de inversiones y de ayudas de todo tipo, tal es el muestrario que presentan los negociadores mediterráneos a sus interlocutores de Bruselas. ¿Tendrá Alemania suficiente dinero para cargar con todos esos costes? Está claro que la pregunta no se plantea con tan elemental brutalidad. Pero la Comunidad europea cuenta ya, en el momento actual,

más de cinco millones de huelguistas y sutre las contradicciones crecientes que acarrea la disparidad entre países de moneda fuerte y países de divisa débil. La adhesión de tres nuevos miembros "pobres" supone la condena a muerte, bajo su forma actual, de la única política común que los Seis, primero, y luego los Nueve, habían conseguido elaborar a duras penas: su política agrícola. Significa también enterrar el único proyecto que con razón o sin ella, los Nueve habían definido en común para comunicar mayor cohesión a la Comunidad de los años 1980: el de la Unión económica y monetaria.

En tales condiciones, no puede sorprender que la Europa del Norte, rica y libre-cambista, lo piense dos veces antes de aceptar la adhesión de los países hermanos mediterráneos. Pero tampoco puede, desde un punto de vista político, rechazarla. Lo que sí hará, pase lo que pase, es sacar el máximo provecho.

Reproducimos las respuestas de uno de los nuevos miembros de la Comisión de Bruselas, Antonio Giolitti, sesenta y dos años, ex ministro, miembro del PSI.

## FRANÇOIS SCHLOSSER

**E**STA Europa en condiciones de absorber a tres nuevos países —Grecia, Portugal y España—, cuyas estructuras económicas son muy distintas de las de la Comunidad actual.

**ANTONIO GIOLITTI.**—La llegada de Grecia, de Portugal y, pronto, de España no hace más que subrayar un problema que existe en el seno de la Comunidad desde su fundación: el del foso existente entre el Norte y el Sur, entre las regiones ricas y las periféricas, cuyo desarrollo acusa un retraso creciente. Preciso es constatar que hasta ahora son los Estados más fuertes y las regiones industriales ricas quienes más se han beneficiado de la existencia de la Comunidad, de la libre circulación de los bienes, de la unión aduanera, etcétera. Hace tres años se definió una política regional con la creación de un fondo también regional. Pero los resultados son todavía escasos y nos encontramos frente a la necesidad de una revisión radical de la política comunitaria a ese respecto. Con la ampliación de la Comunidad a tres países mediterráneos, el problema de los desequilibrios regionales se multiplicará, y ahí es donde radica, en mi opinión, el auténtico desafío. La apuesta es, creo, vital para Europa. Estimo que la Comunidad perdería su razón de ser si no llegase a identificarse a la larga con el conjunto de la Europa Occidental, y con todos los países democráticos. La Europa Occidental no es sólo la Europa del Norte, que agrupa a los países de economías fuertes.

—Parece, sin embargo, que nos orientamos hacia una doble Europa, la de los países ricos y la de las economías atrasadas.

**A. G.**—De ninguna manera. Ahí está el auténtico desafío: hay que llegar poco a poco a corregir los desequilibrios. Una Europa de dos velocidades sería la solución mortal: significaría resignarse a aceptar lo que se ha resuelto cambiar. Pero la reducción de ese foso supone el cambio de toda una política. Hasta ahora se confiaba enteramente en la economía de mercado, cuyo buen funcionamiento debía garantizar la Comunidad, a fin de favorecer el desarro-

llo de los intercambios comerciales. Se esperaba que el respeto a las reglas del mercado entrañaría un desarrollo armónico para todos y una reducción de la distancia existente actualmente entre países ricos y pobres. Hoy se cae en la cuenta de que ese punto de vista es una simple ilusión y que es preciso desarrollar políticas estructurales, orientar las inversiones hacia sectores creadores de puestos de trabajo, definir una política de empleo y formación, etcétera. Eso supone que debemos abandonar nuestra confianza ciega en las fuerzas del mercado. Es una contradicción fundamental. La Comunidad inició su andadura hace veinte años, inspirada por la filosofía libre-cambista. Durante los años de prosperidad, todo marchaba bien. Pero ahora nos percatamos de que es preciso cambiar de enfoque y llevar a cabo auténticas acciones estructurales.

—No todos los países europeos parecen tener prisa por acoger a Grecia, Portugal y España. Algunos opinan que la adhesión de estos tres países imposibilitará la creación de la Unión económica y monetaria y acabará liquidando además la política agrícola común.

**A. G.**—Pero ¿quién está satisfecho de nuestra política agrícola? Es evidente que habremos de modificarla cuando los tres países mediterráneos se hayan adherido. En cuanto a la Unión monetaria tal y como se concibió desde el primer momento, siempre pensé que no era un objetivo realista porque equivalía a colocar la carreta delante de los bueyes. Es todavía producto de una época de prosperidad en la que se pensaba que la economía liberal y el respeto de las leyes del mercado bastarían para garantizar el desarrollo general.

—Pero son los países más ricos los que imponen en la Comunidad su ritmo y su punto de vista. Ahora bien, Alemania, el país más fuerte económicamente está ligada al estricto respeto de las reglas del mercado. ¿Deberán someterse los nuevos adherentes a esa disciplina o quedarse al margen?

**A. G.**—Habrá que encontrar algún medio de resolver esa contradicción. No se puede a la vez fomentar la adhe-

sión y pedir a los recién llegados que se queden en la antecámara. Existe tal vez, en el seno de la Comunidad, una tendencia divergente entre una Europa del Norte atlantista, capitalista y libre-cambista y una Europa del Sur marcada por el fenómeno del eurocomunismo con una economía más compleja y que comporta una combinación de fuerzas del mercado, de dirección pública y de nacionalización. Pero no creo que fuese positiva para la Europa del Sur su orientación hacia una identidad aparte.

—¿Se invitará a los países de la Europa mediterránea a abdicar de lo esencial de su especificidad cultural y acaso también sociopolítica?

**A. G.**—Esa especificidad existe y no es solamente económica. En países como Italia, España y Francia, que forman parte simultáneamente del Norte industrial y del Mediterráneo, existen partidos comunistas fuertes. Por el contrario, en los países ricos del Norte, la socialdemocracia ha absorbido lo esencial del movimiento obrero. Pero sería muy peligroso, en mi opinión, fundar una nueva división de Europa sobre las realidades sociopolíticas. No tenemos ningún interés en relegar a la izquierda del Sur de Europa a un mundo aparte. Si consideramos el porvenir de Europa y de su civilización, no podemos ignorar que el eurocomunismo es uno de los elementos de una evolución en la que también participan las grandes fuerzas socialdemócratas del Norte de Europa. La elección de la vía democrática por los partidos comunistas de la Europa Occidental se explica en gran parte por su deseo de establecer lazos con el resto de las fuerzas socialistas y socialdemócratas. Si llegara a constituirse esa doble Europa, se bloquearía esa evolución. Personalmente creo que sería del todo deseable fomentar ese acercamiento entre los partidos comunistas y socialistas y las fuerzas socialdemócratas, ya que de ahí podría salir un "eurosocialismo", si se me permite la expresión.

—Cabe imaginarse ya un Consejo de Ministros europeos en el que tendrían asiento Enrico Berlinguer, Santiago Ca-



Antonio Giolitti.

rrillo o Georges Marchais —acaso los tres a un tiempo—. ¿Cómo reaccionan los medios europeos y en particular los alemanes ante esa perspectiva?

**A. G.**—Es seguro que entramos en una fase de dinamismo y contradicciones. Mi impresión es que los Gobiernos de los países europeos más fuertes se creen capaces de dominar esta situación y de controlar su posible evolución. Se da sin duda cierta arrogancia por parte de las fuerzas políticas mayoritarias en los países más ricos de la Comunidad, conscientes de su propia capacidad de ejercer un dominio hegemónico sobre el resto de Europa. Los recursos financieros y el poder económico de que disponen les permite actuar en cierto modo como protectores de los países menos favorecidos. Un ejemplo de esto lo tenemos en la socialdemocracia alemana que ha ayudado considerablemente a los socialistas portugueses, pero que al mismo tiempo les ha dado muchos consejos e incluso ha llegado a imponerles determinadas condiciones.

—En el fondo se aceptaría, pues, a estos países en el seno de la Comunidad por razones políticas. ¿Se trataría de impedir que, marginados de Europa, esos países iniciasen una evolución que los conduciría a regímenes cada vez más a la izquierda, y por tanto, inaceptables para los países de la Europa del Norte, preocupados por su propia seguridad?

**A. G.**—Acaso sea ese uno de los elementos de la apuesta de los países ricos de la Comunidad al abrir sus puertas a los países mediterráneos. Están convencidos de que llegarán a controlarlos y a orientar su evolución. La cohesión política de la Comunidad se vería asegurada entonces por una especie de liderazgo de los Estados fuertes. Pero este punto de vista no tiene suficientemente en cuenta los problemas económicos que van a plantearse ni la necesidad de definir y aplicar rápidamente una acción estructural que por sí sola puede, en mi opinión, asegurar la cohesión futura e incluso la supervivencia de la Comunidad. ■ Copyright "Le Nouvel Observateur".